

Evolución de la identidad en la sociedad tecnocrática:

I - Familia y gran organización *

Por Juan-Luis RECIO ADRADOS*

INTRODUCCION

Este trabajo trata de indagar desde una perspectiva psico-sociológica la evolución de las formas de agrupación y pertenencia en la configuración de la sociedad del futuro. Para ello estudiaremos la alienación parcial o total del individuo respecto de las distintas formaciones sociales como variable estructural en la raíz del desasosiego cultural de la sociedad tecnocrática. Esta alienación supone, por un lado, una transformación de las funciones tradicionalmente desempeñadas por estas formaciones y, por otro lado, una insuficiente interiorización de las nuevas legitimaciones y valores de la sociedad post-industrial.

Ante la imposibilidad de abarcar la variedad de sistemas sociales que integran el sistema social global, nuestro trabajo constará de dos partes: la primera se ceñirá a la gran organización y a la familia; la segunda, de ulterior publicación, estudiará, como caso ilustrativo, la religión organizada, forma singular de agrupación y pertenencia.

LA CRISIS DE LA IDENTIDAD TECNOCRATICA

Preguntarnos por las formas de agrupación y pertenencia en la sociedad del futuro equivale a pronosticar la crisis de identidad del hombre actual. La dificultad que el adolescente encuentra en definir su identidad o en evitar una confusión de sus roles sigue, en parte, acechando al adulto, presionado por las exigencias del sistema sociocultural industrial. Como el adolescente, también él, en una era de cambio acelerado y de notable desarraigo, trata de conseguir «una identidad que sea una nueva combinación de viejos y nuevos fragmentos de identificación» (1).

* Doctor en Sociología por la City University of New York. Profesor de Sociología en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia de Salamanca. Redactor de REVISTA DE FOMENTO SOCIAL.

(1) Erik H. Erikson: *Insight and Responsibility* (New York, W. W. Norton, 1964), 90.

El individuo de la sociedad tecnocrática, sin embargo, encuentra difícil aprender nuevos roles e integrarlos con la imagen de su yo, porque todavía mantiene muchas de las legitimaciones y valores de la sociedad tradicional, dominada por la familia patriarcal, que interiorizó en su socialización primaria. Estas creencias y valores están en agudo contraste con los de la sociedad moderna dominada por las grandes organizaciones. El contraste es aún mayor porque la misma familia, al modernizarse, se organiza mucho más que en el pasado a partir de actividades expresivas, mientras que la sociedad tecnocrática gravita hacia las actividades instrumentales que se rigen por normas de tipo técnico.

Fue precisamente el desarrollo tecnológico el que modificó radicalmente las identidades tradicionales de grupo (2) y las formas de pertenencia y agrupación, colocando en posición dominante la organización compleja y centralizada industrial, comercial y financiera. La sociedad industrial se mostró incapaz, sin embargo, de generar una nueva ideología que lograra ampliar la identidad de individuos y grupos hacia nuevas metas de convivencia y solidaridad (3).

Al hablar de una crisis de la identidad tecnocrática—tipo ideal al que se aproxima el ciudadano occidental—, entendemos que la identidad o yo social es el conjunto de los roles que el individuo desempeña dentro de los distintos grupos y cuasi-grupos a que pertenece y en relación con aquellos otros hacia los que orienta su conducta.

Nuestra primera hipótesis es que la personalidad y las agrupaciones de la sociedad tecnocrática atraviesan un período crítico de creciente confusión de sus roles y de los valores que los configuran y dan sentido, crisis que aparece ligada a las características estructurales de la gran organización. Existen no pocos estudios empíricos que verifican esta hipótesis, confirmándola en alto grado. El amplio espectro de fenómenos que una extensa bibliografía reúne bajo los conceptos de alienación y anomia ejemplifican los «malos caminos» por los que la personalidad tecnocrática puede seguir extraviándose. Lo que es común a la inmensa mayoría de las conceptualizaciones en cuestión es la consideración de los factores socioestructurales de la crisis de la personalidad moderna, sean éstos una situación en la que es forzoso desposeerse del propio trabajo y de su producto (Marx); una situación de crisis en que la normativa y la integración social son deficientes (Durkheim) o una desafección y sentido de extrañamiento resultante de la incapacidad de satisfacer las exigencias de la sociedad, lo que crea un abismo creciente entre la persona y su mundo social (Keniston) (4).

Ahora bien, una crisis de identidad que no acabe en prolongada confusión de roles debe resolverse en la adopción de una nueva identidad. La

(2) Erik H. Erikson: «Identity», **Youth and Crisis** (New York, W. W. Norton, 1968), 191.

(3) *Ibidem*.

(4) Peter Christian Ludz: «Alienation als Konzept der Sozialwissenschaften», **Kolner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie**, 27 (marz 1975), 1-32. K Marx: «Economic and Philosophical Manuscripts», in **Karl Marx: Early writings**, ed. by T. B. Bottomore (New York, Mc Graw-Hill, 1964), 61-219. E. Durkheim: **Le Suicide, Etude de Sociologie**, Paris, Alcan, 1897; nueva edición, Paris, P. U. F., 1960. Kenneth Keniston: **The Uncommitted** (New York, Harcourt, Brace and World, 1965).

segunda hipótesis que avanzamos es que la identidad tecnocrática está experimentando un proceso de transformación profunda o re-socialización (5) de la realidad subjetiva a la que acompaña la aparición de estructuras de plausibilidad o formaciones sociales de tipo comunitario que la sustentan, y que se van abriendo paso a todos los niveles de la organización social. Tal proceso de re-socialización supone un serio esfuerzo por sustraerse al influjo alienador de la ideología tecnocrática ambiente. Obviamente lo iniciarán los menos alienados, los que gozan de una estructura grupal más densa y al mismo tiempo fomenten una ideología de cooperación.

Siguiendo la analogía—que es además parcial coincidencia—entre la crisis de identidad juvenil y la crisis de identidad tecnocrática, conviene recordar que, según Erikson, el carácter totalitario de las ideologías a las que el adolescente propende puede ser causa de que el super-ego infantil regane su territorio a costa de la identidad adolescente (6). Para muchos de los analistas americanos el ego es, según Keniston, ya desde el comienzo de la vida, el centro coordinador y organizador de la personalidad cuya función es mantener armonía psíquica y adaptarse a las posibilidades y exigencias del ambiente (7). Adoptar, por tanto, sin crítica la ideología tecnocrática y cientista sería una regresión infantil al no reconocer el ego las posibilidades de autonomía relativa que realmente existen en la sociedad tecnológica frente a los mecanismos aparentemente inexorables de la gran organización. La ideología tecnocrática y cientista, tan bien denunciada, entre otros, por Habermas y Schroyer (8), al exigir una rendición total a sus imágenes e ideales, impide el desarrollo de una nueva identidad ligada a nuevas formas de agrupación y pertenencia.

La ideología tecnocrática persigue la autolegitimación del poder por medio de la invasión de la esfera de comunicación simbólica interpersonal por parte de los sistemas de acción instrumental que funcionan según reglas técnicas. La tecnocracia se sustrae de ese modo a las normas que regulan la interacción humana y a la ética como categoría vital al tratar de reducir la conducta a mera adaptación a estímulos externos. Los distintos tipos de conducta instrumental servidos por la técnica pretenden soslayar la discusión de la racionalidad sustantiva de los fines recortando así la autonomía personal. En resumen, la ideología tecnocrática impone la renuncia a una comunicación humana exenta de dominación en beneficio de la expansión del poder de control técnico, que desde luego, queda en manos del tecnócrata. El resultado de tal «racionalidad» es una creciente manipulación cultural y una despolitización del público que lo integra al sistema social tecnocrático.

CRITICA DE LA ORGANIZACION BUROCRATICA VISTA DESDE LA CRISIS FAMILIAR

Se ha señalado que Weber pasó por alto muchas de las disfunciones de la burocracia, en particular su condición alienadora que se revela en la escasa disposición de los subordinados a aceptar responsabilidades. La gran

(5) P. L. Berger and Th. Luckmann: *The Social Construction of Reality* (Garden City, N. Y., Doubleday Anchor, 1967).

(6) Erik H. Erikson: *Identity: Youth and Crisis*, 191.

(7) Kenneth Keniston: *The Uncommitted*, 363, 364.

(8) J. Habermas: *Technik und Wissenschaft als Ideologie*. Trent Schroyer: «Toward a Critical Theory for Advanced Industrial Society», in *Recent Sociology*, n.º 2, ed. by H. P. Dreitzel (New York, Macmillan, 1970), 210-234.

organización desanima, hace imposible la participación y el compromiso pleno de la gran mayoría de sus miembros.

Gouldner, criticando el pesimismo conservador de los estudiosos de las tendencias oligárquicas dentro de la gran organización, ha hecho ver que la instancia democrática es una exigencia estructural de la misma no menos importante que la oligárquica, aunque aquélla exija más esfuerzo y vigilancia que ésta (9). Sin embargo, la gran mayoría de las grandes organizaciones, de acuerdo con los estudios empíricos disponibles, de hecho manifiestan una preponderancia de las tendencias y las prácticas oligárquicas sobre las democráticas.

En último término, la racionalidad «formal» que se expresa en la estructura misma de la organización burocrática, exige definir autoritariamente los oficios y roles y segregarlos de los intereses personales, segregación que sólo puede mantenerse mediante la disciplina. Esta separación de rol burocrático e interés personal necesariamente limita la autonomía y espontaneidad del individuo y en particular pone un freno a la dinámica de sus relaciones interpersonales de cooperación.

La evaluación de este obstáculo al desarrollo de la personalidad, que eventualmente se revela en el fenómeno de la alienación burocrática y tecnocrática, requiere perspectiva. El niño que toma contacto con las primeras organizaciones formales—probablemente la escuela y la parroquia—, llega a ellas no sólo socializado primariamente por la estructura social familiar, es decir, afianzado en la realidad fundamental mediada por sus padres y familiares más importantes, sino también iniciado en el proceso de socialización secundaria que comienza, según G. H. Mead, con la adquisición del concepto del «otro generalizado» o de la sociedad en sus rasgos más elementales y continúa con el aprendizaje de los varios submundos institucionales (10).

La pedagogía infantil profana y religiosa tiene en cuenta el estadio del desarrollo psico-social del alumno cuando trata de hacerle «familiar» los valores que persigue la organización escolar o religiosa sintonizándolos con el mundo fuertemente emocional de la socialización primaria. El éxito pedagógico se mide por un aprendizaje de roles que permita el desarrollo de la espontaneidad creativa y la cooperación social. Si rara vez se consigue la justa proporción de estos elementos, generalmente se debe al desfase o inadecuación de la organización y de sus funcionarios para potenciar, en vez de sofocar, las capacidades innatas del niño, ya desarrolladas en parte en el ambiente familiar. No hay que ver la deshumanización de las organizaciones en el hecho de que no funcionen según los valores de la familia patriarcal que dominaban la sociedad tradicional, sino más bien en su incapacidad de «traducir» aquellos valores en la nueva situación.

Una breve consideración de los avatares de la familia moderna servirá para calibrar más tarde las insuficiencias de la organización burocrática.

La familia sigue siendo la forma de agrupación humana más importante aunque se escribe con profusión de su crisis y hasta de su muerte. En su seno el yo se sitúa socialmente a sí mismo y es situado por los demás, es decir, adquiere por vez primera una «identidad». El deterioro de la

(9) Alvin W. Gouldner: «Metaphysical Pathos and the Theory of Bureaucracy», *Amer Polit. Sci. Rev.*, 49 (1955), 496-507.

(10) Anselm Strauss (ed.): **George Herbert Mead on Social Psychology** (Chicago, University of Chicago Press, 1964).

familia tradicional se inicia con la especialización institucional que viene acelerada decisivamente por la revolución industrial. La familia cede muchas de sus funciones en todo o en parte de las instituciones primarias tales como economía, sistema educativo, establecimiento médico, etc., y sólo se reserva en su totalidad, aparte de la procreación, la función de proporcionar sentido o continuidad biográfica a sus miembros (11). Sea que el balance se considere pérdida o saldo positivo, por lo que la concentración en unas pocas funciones supone de especialización y perfección, de alguna manera puede hablarse de un shock cultural producido por la nueva situación en que los roles familiares se redefinen de modo radicalmente distinto.

Decir, como Luckmann, que la identidad personal deviene de un fenómeno privado (12), no deja de ser una hipérbole, pues él mismo reconoce el control que las instituciones primarias ejercen sobre los roles que desempeña el individuo y es el conjunto de esos roles lo que constituye la identidad del individuo. A nuestro juicio, el fenómeno de la pérdida de capacidad funcional por parte de la familia explica por una parte el cultivo de los aspectos intimistas de la identidad familiar y por otra extrema la dependencia del individuo respecto de las instituciones primarias; por lo cual, con igual derecho, podríamos hablar del aspecto público de la identidad personal. Lo cierto es que, en todo caso, el grupo familiar ha quedado seriamente debilitado y privado en gran medida de esa energía que Benello ha dado en llamar «afectividad», energía que también resulta escasa en todos los niveles, excepto los más altos, de la gran organización en la que los miembros de la familia trabajan, aprenden o realizan otras actividades ciudadanas (13).

LA ALIENACION COMO CARENCIA DE «AFECTIVIDAD»

El mérito de Benello consiste en haber sintetizado buena parte de la bibliografía más importante que se ocupa de la alienación en la sociedad tecnocrática y en encontrar la clave de la misma en la escasez de «afectividad» que resulta del fenómeno burocrático de la gran organización. «Afectividad—dice Benello—es la energía disponible para realizar los objetivos del individuo en la sociedad... (y) es generada a través de la interacción personal en condiciones de estabilidad, confianza y fe en las posibilidades de colaboración en metas comunes» (14). Por supuesto, hablar de energía tiene un sentido metafórico. La intuición central del concepto creemos reside en relacionar «afectividad» y «efectividad». Para Benello, las asociaciones primarias deben ser funcionalmente relevantes: deben proporcionar al individuo tanto el apoyo afectivo como la oportunidad de iniciar interacción, es decir, deben ocupar un lugar importante en la sociedad y en las vidas de sus miembros. Y esto es lo que, a su juicio, ha dejado de hacer la familia en la sociedad tecnocrática.

Benello enumera las siguientes dimensiones de la «afectividad»: 1) eficacia causal; 2) autonomía e iniciativa; 3) cooperación; 4) totalidad psíquica o integración de roles—que supone una interpenetración objetiva de

(11) Thomas Luckmann: *The Invisible Religion* (New York, Macmillan), 97.

(12) *Ibid.*

(13) George C. Benello: «Wasteland Culture», in *Recent Sociology*, n.º 1, ed. by H. P. Dreitzel (New York, Macmillan, 1969), 263-298.

(14) *Ibid.*, 265.

los distintos sectores de actividad. Su hipótesis —que viene confirmada con abundante evidencia empírica— es que la carencia de «afectividad» tanto en la familia como en la gran organización es un factor decisivo en la orientación hacia el poder y hacia el status que caracteriza a la gran mayoría de los miembros de la gran organización (y de la sociedad tecnocrática por difusión cultural).

Ahora bien, la raíz de esa carencia de afectividad la ve Benello en la acumulación o concentración de la misma en los altos niveles de la gran organización, supuesto su carácter limitado como el de toda capacidad humana. Dicho en otras palabras: la pérdida de la capacidad funcional de las asociaciones primarias—con la resultante ausencia de la experiencia de comunidad—está determinada en último término por una característica estructural de la organización burocrática, a saber, la concentración de recursos y poder en su cima.

Se trata aquí de una hipótesis netamente sociológica a la que se ha incorporado una teoría psicológica para lograr un análisis sociológico más adecuado, ya que «el sistema de la personalidad humana (es) una de las principales variables intermedias de cualquier estimación de los efectos que un aspecto de la estructura social tiene sobre otro» (15). Esta teoría psicológica está fundada en parte en el «Estudio de la personalidad autoritaria», de Adorno, Frenkel-Brunswik, Levinson y Sanford. Se encontró en ese estudio que la personalidad autoritaria—que, entre otros rasgos, se distingue por su esterilidad afectiva y por su orientación hacia el status y el poder—está relacionada con experiencias de dureza y amenazas parentales en la primera infancia y con una estructura familiar de tipo jerárquico. El liderato de la gran organización lo suelen ocupar personalidades autoritarias. Pero incluso los demás miembros en los niveles medios y bajos, como consecuencia de su privación «afectiva», «se conforman marginalmente» al sistema orientándose hacia el poder y el status. Las teorías psiquiátricas de Karen Horney también fundamentan la hipótesis (16). El individuo desarrolla una «ansiedad básica» que nace de una amenaza percibida contra su aceptación social. Uno de los mecanismos neuróticos con que combate esa «ansiedad» es la «necesidad de poder» que opera de forma compensatoria contra la sensación de debilidad e impotencia, reacción que se asemeja a la sobrecompensación provocada por el sentimiento de inferioridad, según Adler. De parecida forma reaccionan todos los miembros de la familia disminuida en su capacidad funcional.

El círculo se cierra porque la influencia entre organización y familia es recíproca. La organización dominada por personalidades autoritarias, está estructurada de tal modo que la concentración de poder y totalidad psíquica en sus niveles superiores conlleva escasez en los restantes niveles. Estos vienen a ser ocupados por individuos que se ven imposibilitados de integrar sus roles ocupacional y familiar, que es otra manera de decir que sus familias carecen de capacidad funcional. Sus roles familiares pierden importancia para ellos porque en su desempeño no logran un grado suficiente de autonomía al no poder hacer impacto en ninguno de los mayores sectores institucionales, todos ellos dominados por las grandes organizaciones. Al contrario, la actividad familiar está múltiplemente condicionada y limi-

(15) Alex Inkeless: «Personalidad y estructura social», en Talcott Parsons (ed.), *La Sociología norteamericana contemporánea* (Buenos Aires, Paidós, 1969), 25.

(16) K. Horney: *Our Inner Conflicts* (New York, Norton, 1945); *The Neurotic Personality of Our Time* (London, Routledge & Kegan Paul, 1974).

tada por las grandes organizaciones de la sociedad tecnocrática que acaparan casi toda la «energía afectiva» disponible. Autonomía, iniciativa y eficacia causal están estrechamente relacionadas. Sólo son una minoría —los dirigentes de las grandes organizaciones— los que poseen en abundancia estos elementos de la «afectividad» tanto en el desempeño de sus roles organizativos como en su vida familiar y privada (17). La gran mayoría de la población sufre una penuria más o menos grave de «afectividad». Paradójicamente también los dirigentes padecen alienación, ya que su tipo de «afectividad» es anormal por ser muy escasa su cooperación con los niveles inferiores de la gran organización.

LAS DIMENSIONES E INDICADORES DE LA «AFECTIVIDAD»

Vamos a enumerar una serie de dimensiones, componentes o indicadores provisionales de los principales elementos de la «afectividad» con el ánimo de que puedan orientar investigaciones empíricas sobre el tema. En ocasiones, a título ilustrativo, y no por pretender confirmar conclusivamente nuestras hipótesis, ofreceremos evidencia empírica a nuestra disposición.

El desarrollo del individuo y del grupo humano tiene como meta la ampliación y maximización de su capacidad de autocontrol y autodeterminación o, en formulación negativa, la disminución o minimización de los factores alienantes o determinantes extrínsecos de su actividad.

a) La «**eficacia causal**» de un grupo primario se refiere, por tanto, a su capacidad de funcionar como fuente de decisiones que tienen un cierto grado de importancia en la cultura o subcultura del grupo.

Una definición operativa de «eficacia causal», «autonomía» e «iniciativa» debería incluir las siguientes dimensiones e indicadores para los que habría que determinar procedimientos de medida:

- Trabajo extradoméstico de la mujer como medio de realización personal.
- Movilidad social ascendente de la familia.
- Participación activa en asociaciones voluntarias.
- Tiempo que pasan los hijos en casa.
- Familia extensa relacional con sentido de obligación entre sus miembros, especialmente en la clase media ya que en la clase baja los mecanismos cooperativos sirven a la mera supervivencia. Damos por supuesto el que las familias de clase alta tienen un alto grado de eficacia causal.
- La identificación con el padre que parece facilita el liderato y responsabilidad de los hijos.
- Actitudes de confianza en las relaciones económico-sociales y la disposición a diferir gratificaciones, actitudes que parecen facilitar el logro económico.
- Integración de los roles religioso y profanos.
- Regulación de la natalidad.
- Distribución igualitaria de la renta nacional.
- Acceso no clasista a estudios superiores.
- Subsidio familiar de cuantía considerable.

(17) Benello: «Wasteland Culture», 266-267.

El hecho de que el trabajo de la mujer española, según el Informe FOESSA 1975, se deba primariamente a motivación económica en un 53 por 100 de los casos parece indicar una escasa eficacia causal de las familias en cuestión, ya que la mayoría de la población juzga que el puesto de la mujer está en el hogar. El trabajo extradoméstico, sin embargo, no indicaría falta de eficacia causal—excluyendo el caso de necesidad económica—desde la perspectiva de las mujeres jóvenes en que aparece una orientación al trabajo como medio de realización personal.

La disminución del tamaño de la familia ideal en las clases inferiores (2,65 hijos frente a 3,19 en la clase media-alta) también indicaría una relativa menor eficacia causal frente a las instituciones primarias, en particular la económica, que han determinado un cambio de valores en la familia. Tal disminución es en parte un exponente de la subida del nivel de vida, la civilización del consumo y de una política económica y de vivienda que tiende a minimizar el costo de la fuerza de trabajo.

b) El concepto de «cooperación» dentro del grupo familiar y entre los miembros de distintos grupos primarios se distingue del de autonomía y eficacia causal, aunque hay evidencia empírica que sirve de indicadora de ambos conceptos. Así, por ejemplo, tanto la escasa cooperación como la «ineficacia causal» económica viene indicada por el hecho de que sólo el 16,1 por 100 de las mujeres casadas trabajaban fuera de casa en España en 1971.

Una definición operativa de «cooperación» debería comprender los siguientes elementos, para los que habría que buscar los indicadores correspondientes:

- Relación «unida» de roles conyugales (18), es decir, una relación en que la organización de las actividades familiares es más bien conjunta. Marido y mujer desarrollan muchas actividades juntos con un mínimo de diferenciación de tareas y separación de intereses.
- Estructura familiar igualitaria.
- Buen funcionamiento de empresas familiares (agrícolas, industriales, artesanales, etc.).
- Responsabilidad compartida en la educación de los hijos, más frecuente en familias de clase media que en las trabajadoras. Los hijos de familias de clase media también tienen mayor participación en las decisiones que los hijos de familias trabajadoras. La clase media animan más a sus hijos que las clases trabajadoras a adoptar nuevas formas de conducta, según datos de tres sociedades distintas.
- Trabajo extradoméstico de la mujer.

El autoritarismo y segregación de los roles conyugales (que es lo opuesto a la relación unida de roles conyugales) de la familia obrera son serios obstáculos para la cooperación. Nada menos que un 78,7 por 100 de esas familias, según el Informe FOESSA 1975, piensa que la mujer no debe tener actividades fuera de casa sin permiso del marido, frente a un 47,6 por 100 de la clase alta y media alta. La unión de los roles conyugales y la cooperación crece con la clase social como reflejo de una ideología más igualitaria y una mayor instrucción. El trabajo extradoméstico de la mujer es más aceptado «a medida que se pasa de niveles inferiores de estudios

(18) Elizabeth Bott: **Family and Social Network** (London, Tavistock Publications, 1957), 53.

a los medios y superiores». También al realizar los esposos un buen número de tareas de modo intercambiable—especialmente la educación de los hijos—, la comunicación es más intensa, el autoritarismo es menor y la eficacia causal familiar es mayor, aunque de distinto tipo a la de la familia extensa tradicional, «que está ligada a la necesidad de conservar y transmitir el patrimonio familiar».

Se debe hablar, tanto en España como en todas las naciones industrializadas, de una familia extensa, modificada o relacional, tanto en las zonas urbanas como en las rurales. En este tipo de familia se dan frecuentes formas de cooperación, entre ellas, la asistencia en caso de enfermedad (en el Informe FOESSA 1975 aparece en un 84,3 por 100 de los encuestados, mientras que sólo se da en un 59,2 por 100 de los mismos, tratándose de amigos). Las visitas más frecuentes se hacen a familiares, especialmente en la clase obrera (80,5 por 100, frente a 64,2 por 100 en las profesiones liberales). Es de señalar, sin embargo, la independencia de la familia urbana moderna respecto del grupo familiar extenso y la libertad en igualdad de sus relaciones en fuerte contraste con las de la familia extensa tradicional.

c) La «totalidad psíquica» es otro de los componentes del concepto de «afectividad», según Benello. En la teoría de los roles, cada persona posee un repertorio de roles, a cada uno de los cuales corresponde una cierta identidad. El desempeño consecutivo de variados roles entraña una tarea de integración de los mismos para que pueda darse, a juicio de Keniston y de otros psicólogos, un desarrollo armónico de la personalidad (19). La carencia patológica de integración bordearía en la personalidad múltiple y la esquizofrenia. En un terreno intermedio podría situarse la confusión de roles e identidad y la fragmentación de los roles desempeñados fuera de un contexto significativo para la biografía del individuo.

Al diferenciarse estructuralmente la comunidad en instituciones públicas y privadas, la misma identidad correspondiente al conjunto de roles segregados habría quedado fragmentada. En las sociedades primitivas que aún subsisten, dice Keniston: «las exigencias de la inteligencia, las manos y el corazón están fundidas». En cambio, en nuestras sociedades, «la vida de la familia es media vida... Las instituciones públicas exigen competencia racional y cognitiva—productividad, objetividad, desapasionamiento... (mientras que) la familia, las artes, la religión, se convierten en la provincia del resto de la vida—pasión, sentimiento, idealismo, impulso, amor, odio y capricho» (20).

El problema de la unidad personal no lo crea la multiplicidad de los roles. Al contrario, las ventajas de acumular roles compensan con creces la tensión que puedan ocasionar, pues proporcionan privilegios, seguridad de «status», recursos para mejorar el «status» y desempeñar los demás roles al mismo tiempo que enriquecen la personalidad y gratifican el yo (21). El peligro está en carecer de una agencia central de sentido—tradicionalmente lo fue la comunidad o la familia abierta a una comunidad en la que se fundían las instituciones primarias—que sea capaz de ordenar y jerarquizar esos roles dentro de una visión global de la persona humana y de sus fines en la sociedad.

(19) Keniston: *The Uncommitted*, 269.

(20) *Ibid.*, 249.

(21) Sam D. Sieber: «Toward a Theory of Role Accumulation», *American Sociological Review*, 1974, vol. 39 (August), n.º 4, 567-578.

Keniston detectó esa carencia de totalidad psíquica o integración personal en su estudio sobre la alienación de un grupo de jóvenes norteamericanos. Entre sus síntomas destacaba su desafección o extrañamiento de la sociedad. Entre los síndromes extremos estaban las actividades revolucionarias y las sociopatías criminales. «Sentir que uno verdaderamente pertenece en nuestra sociedad exige una notable capacidad para unificar las distintas fragmentarias pertenencias en un sentido interno y coherente de comunidad», dice Keniston (22). Faltan los ideales o ideologías unificadoras como consecuencia del orillamiento de las grandes agencias tradicionales de sentido forzado por la nueva ordenación de la vida social.

Conviene caer en la cuenta que a la alienación no participante corresponde una actitud simétrica, igualmente negativa, que es el conformismo, tan lejano como aquélla de un compromiso o participación racional y crítica en las instituciones y organizaciones de la vida social. Una de las formas de conformismo es el excesivo tradicionalismo cultural, que impide reconocer las exigencias planteadas por la sociedad en que se vive o, lo que es lo mismo, es una resistencia o incapacidad para aprender nuevos roles o para redefinir roles tradicionales.

Una definición operativa de «totalidad psíquica» o integración de roles debería incluir las siguientes dimensiones, para las que se determinarían los indicadores correspondientes:

- Satisfacción en el trabajo y en el hogar.
- Participación en asociaciones voluntarias.
- Participación en las decisiones en la empresa.
- Trabajo dentro de la misma comunidad en que se vive.
- Alto grado de religiosidad o de compromiso político.
- Amistades entre compañeros de trabajo.
- Amistades entre miembros de la misma asociación, iglesia, etc.
- Visitas frecuentes al lugar de origen (entre emigrantes recientes).

Ante la frecuente desintegración familiar en los países desarrollados habría que especificar con cuidado las condiciones en que la familia realiza satisfactoriamente su función normativa y significativa. El fenómeno de la alienación de amplios sectores de la juventud de esos mismos países apunta a las serias deficiencias con que la familia ejercita esta función normativa e integradora de sentido. Si Berger y Kellner piensan que «la estabilización y estrechamiento de la identidad es funcional en una sociedad en que las mayores instituciones públicas deben insistir en controles rígidos de la conducta del individuo» (23), falta por considerar las no menos reales disfunciones que tal estrechamiento de la identidad ha producido y sigue produciendo. De otro modo no asistiríamos a un proceso reactivo de signo inverso del que existe abundante evidencia empírica. Nos referimos al proceso de ampliación o ensanchamiento de la identidad individual y familiar.

Según Benello, la familia moderna sólo realiza con la intensidad requerida la primera de las dos funciones que corresponden a todo grupo primario, a saber, servir de apoyo emocional y jugar un papel importante en la sociedad y en la vida de sus miembros. Ese papel no lo realiza porque

(22) Keniston: **The Uncommitted**, 270.

(23) P. Berger and Hansfried Kellner: «Marriage and the Construction of Reality», in **Recent Sociology**, n.º 2, ed. by H. P. Dreitzel (New York, Macmillan, 1970), 50-72, en 65.

su autonomía e iniciativa es muy limitada de cara a las grandes organizaciones. En concreto, la cooperación eficaz de las familias extensas relacionales de las clases medias y bajas es muy limitada, por carecer de recursos.

También compartimos la hipótesis de Benello respecto del papel alienador de la gran organización. Sin el hombre actual se orienta hacia el «status» y el poder, esto se debe, sobre todo, a la escasez «afectiva» de la familia y de los niveles bajos y medios de la gran organización, por una parte, y a la «plenitud psíquica» y concentración de poder en los altos niveles de la gran organización, por otra parte. Se trataría, en definitiva, de un mecanismo compensatorio dinamizado por la atracción que ejerce esa misma «plenitud psíquica», sólo accesible en la cima de la organización. Sólo sus altos dirigentes pueden integrar «las esferas fundamentales de trabajo, ocio, vida pública y privada» (24). En los niveles medios y bajos de la organización, en cambio, apenas hay posibilidad de integración dentro del trabajo y aún menos posibilidad de integración del trabajo con otras esferas de actividad.

Veamos en algún detalle los mecanismos por los que la gran organización ejerce su función alienadora. La burocratización y centralización propias de la civilización industrial—en el Este como en el Oeste—han privado de eficacia causal propia las actividades de la comunidad local hasta el punto de que las organizaciones económicas controlan indirectamente y a distancia, cuando no directamente y sobre el terreno, las decisiones de las élites locales (25).

La familia, según Ellul, ya está rota y, por tanto, expuesta a la propaganda que ejerce sobre ella la gran organización. Los medios de comunicación, por ejemplo, le ofrecen sucedáneos de interacción personal y amistad (26).

El sentimiento de pertenencia a la empresa cultivado por las relaciones humanas supone una renuncia a la iniciativa y no persigue sino la adaptación y el conformismo respecto de la estructura de dominación. El clima de la organización, según Whyte, «ahoga toda iniciativa, toda capacidad de imaginación individual y el valor para servirse de estas facultades contra la opinión de la mayoría» (27). La organización, generalmente, evitará los riesgos que toda innovación implica y preferirá las imperfecciones del status quo.

La plenitud psíquica en la cima de la gran organización se funda en una concentración de poder y en una estructura de dominación. Son conocidos los estudios que muestran cómo las redes familiares en los Estados Unidos y España, entre otros países, coadyuvan en el proceso de integración y concentración económica al tiempo que maximizan las gratificaciones que derivan de la relación familiar. La mayor parte de las familias, en cambio, sufren algún grado de carencia «afectiva», que tratan de compensar con orientaciones alienadoras. ¿Cómo explicarse esta orientación del hombre

(24) Benello: «Wasteland Culture», 267.

(25) Arthur J. Vidich and Joseph Bensman: **Small Town in Mass Society** (Princeton, N. J.; Princeton University Press, 1958).

(26) Jacques Ellul: **Propaganda: The Formation of Men's Attitudes** (New York, Random House, A Vintage Book, 1973), 84, 175.

(27) W. H. Whyte, Jr.: **L'homme de l'organisation** (Paris, Plon, 1959), 545.

actual hacia el status y el poder que aqueja tanto a los que lo concentran como a los que lo ansían? Benello prefiere recurrir a la virtualidad explicativa de la dinámica de concentración ya apuntada más bien que a la razón metafísica de un pecado de origen (28).

LA ORIENTACION HACIA EL PODER Y EL STATUS

No es fácil establecer en abstracto la frontera que separa la cima o puestos de alta dirección de la gran organización del resto de los miembros de la misma. Este problema se ha planteado de forma más aguda en los últimos años al ser cada vez más amplios los sectores profesionales y técnicos que exigen participación en las decisiones básicas de sus empresas, que frecuentemente están en contradicción con sus estándares profesionales. El científico, en la gran organización, pierde la autonomía e iniciativa, cualidades indispensables en la investigación científica, al quedar sometido a la supervisión e incluso al capricho de los administradores. El «staff» quiere más reconocimiento y una mayor voz en el control de las empresas.

Toffler, explorador del futuro, anuncia una nueva forma de organización, la «ad-hocracia», que viene a sustituir a la burocracia (29). El hombre del futuro se sentirá liberado en un nuevo tipo de organizaciones cinéticas a las que le ligarán lazos continuamente cambiantes. El tipo de organización adhocrática es el equipo formado para resolver un problema concreto de corto plazo. Estos equipos de trabajo son particularmente frecuentes entre científicos convocados para realizar o diseñar planes y proyectos. Terminado su trabajo, el equipo frecuentemente deja de existir y sus miembros entran a formar parte de nuevos equipos.

La aceleración del cambio social es la raíz de esa nueva flexibilidad organizativa que hace imposible las rigideces de la burocracia clásica y conmueve profundamente los sistemas de autoridad legal-racional. La ad-hocracia exige un alto grado de movilidad y adaptabilidad por parte de los individuos. Entre nosotros, sin embargo, está todavía lejos de haberse generalizado tanto como en otros países industrializados, por las conocidas características de nuestro sistema administrativo y político. La burocracia clásica, sin embargo, seguirá estando por muchos años no sólo con nosotros, sino con todos los países desarrollados, en los que una creciente tasa de ad-hocracia es ya discernible. Al menos en este caso el futurismo de Toffler raya en optimismo.

La antinomia orientación hacia el poder, orientación hacia el amor, ha sido analizada en el contexto del estudio del prejuicio y de la personalidad autoritaria. Numerosos estudios posteriores confirman la tesis de que la privación afectiva durante la temprana infancia es la causa fundamental del desarrollo de la personalidad centrada en el poder. En cambio, el individuo con un bajo nivel de prejuicio se orienta en sus relaciones personales hacia el amor, la afiliación y la realización de valores humanitarios. El individuo con un grado notable de prejuicio muestra, en cambio, un exagerado deseo de propiedad haciendo de ella un fin en sí misma. Su ineptitud para las relaciones interpersonales parece ser una consecuencia de deficientes identificaciones en su temprana infancia, en la que no fue objeto de trato indi-

(28) Benello: «Wasteland Culture», 264.

(29) Alvin Toffler: **Future Shock** (New York, Bantam Books, 1971), 124-151.

vidualizado. La estructura del carácter autoritario refleja, según Adorno y sus co-autores (30), los rasgos esenciales de nuestra civilización, en particular la gran importancia de las instituciones y de las ideas de éxito y competencia en las que el niño es primeramente socializado por sus padres.

Según Whyte, en las zonas residenciales americanas predomina la orientación al conformismo, la adaptación al status—que, en parte, coincide con el éxito económico—más bien que a la autonomía, la iniciativa y la cooperación. Tal orientación no hace sino reflejar el ambiente y los valores de la gran organización en que transcurre la jornada laboral del «suburbanita» (31).

Entre nosotros cabe esperar que las pautas familiares de conducta estén seriamente influenciadas no sólo por los valores de la gran organización económica capitalista como en los Estados Unidos, sino también por los valores de un ambiente político autoritario, con el consiguiente balance de duplicado conformismo y relaciones de dominación-subordinación que, como reacción, deben de conducir a una orientación aún más intensa a la competencia por el status y el poder. Una investigación realizada recientemente en la zona industrial de Cornellá de Llobregat (Barcelona) por Comín y García Nieto, parece corroborarlo. Solamente un 19,2 por 100 de los jóvenes obreros encuestados poseen algún nivel de sensibilidad de cierta problemática social «todavía ambigua, y que no puede equipararse todavía al nivel propio de 'instinto de clase'» (32). Un 10,3 por 100 de los jóvenes encuestados poseen cierto «instinto de clase» y parece se encuentran en proceso de aproximación a la toma de conciencia de clase. Mientras que el 64,7 de los encuestados dicen pertenecer a la clase obrera, tan sólo 24,1 por 100 de los encuestados desean pertenecer a ella, mientras que el 51,1 por 100 desean pertenecer a la clase media y 16,9 por 100 a la clase alta. Estos datos, que evidencian escasa conciencia social y clara orientación al status más bien que a la cooperación, denotan, por tanto, un bajo nivel de «afectividad».

CONCLUSION

A pesar de vivir en un mundo en que una gran variedad de ideologías y cosmovisiones compiten en mercado abierto, el hombre del futuro no plasmará una identidad adulta y estable, sino adhiriéndose y comprometiéndose con una de ellas, es decir, desarrollando la «virtud» o capacidad que Erikson llama fidelidad. La cosmovisión y sistema de valores que él adopte se apoyarán fundamentalmente en su inserción en un grupo y en el rol que desempeñe. Podemos preguntarnos cuál será la agrupación capaz de conciliarse la lealtad de la persona en la sociedad del futuro. De las premisas desarrolladas en este trabajo se desprende que será aquella que le ofrezca la oportunidad de sentirse en comunidad—condición estructural de la identidad—, es decir, en una formación social en que el individuo es aceptado plenamente por lo que es con anterioridad al desempeño más o menos exitoso de un rol; aquella en la que pueda desarrollar con suficien-

(30) Adorno et al.: *The Authoritarian Personality* (New York, Harper, 1950).

(31) Stein: *The Eclipse of Community* (Princeton, N. J., Princeton University Press, 1960), 280 ss.

(32) A. C. Comín y J. N. García Nieto: *Juventud obrera y conciencia de clase* (Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1975), 155.

cia esa energía que Benello llama «afectividad» y que se explicita en capacidad de cooperación, eficacia causal, plenitud o totalidad psíquica, iniciativa y autonomía.

Por supuesto, no es preciso que todas las variadas pertenencias del individuo sean igualmente positivas. Parece que el desempeño satisfactorio de un rol dentro de una agrupación basta para que este rol devenga eje unificador de los demás roles y de la personalidad proporcionándole un grado suficiente de afectividad. En unos casos esta agrupación será la familia; en otros, la comunidad de fe; en otros, el grupo de trabajo, etc. De cualquier modo, ese rol y ese grupo deberán permitir al individuo el reasumir constructivamente todas las identificaciones e imágenes de sí mismo en el pasado y todos los aspectos positivos y negativos de los demás roles que ha desempeñado o desempeña. No se puede desarrollar una identidad más comprensiva, sino a partir de una continuidad entre el pasado y el futuro.

En otro trabajo estudiaremos alguna de las variadas formas en que cristalizará este proceso en curso de signo comunitario de amplitud posiblemente mundial. Lo que sí parece cierto es que el futuro de las formas de agrupación pasará por una distribución equitativa de la «afectividad», o, en otras palabras, reclamará algún tipo de autogestión. Como ha escrito recientemente Garaudy: «La autogestión, es decir, la gestión por la base, no se reduce en modo alguno a un sistema de cooperativas, sino que viene a ser mucho más que eso: una concepción de toda la sociedad, en la que cada individuo se convierte en centro de iniciativas, de creación y de responsabilidad a todos los niveles: economía, política y cultura; una concepción alejada por igual del individualismo y del totalitarismo, fundada, en cuanto a la totalidad de las actividades sociales, en unas comunidades de base» (33).

(33) R. Garaudy: «La "base" en el marxismo y en el cristianismo», *Concilium* (abril, 1975), núm. 104, pág. 67.